

Me desperté y tras un largo bostezo tuve un mal presentimiento, siempre he tenido como un sexto sentido, no sé como pero me huelo las cosas desde muy lejos, podríamos decir que tengo un olfato de perro. Mirando a mí alrededor me di cuenta de que me había quedado dormido. Empecé a pensar y habría puesto la mano en el fuego que me dormí con la tele puesta. Quizás me hubiera quemado la mano...

Había bostezado un par de veces cuando decidí levantarme, no solo porque me iba a explotar la bufeta sino porque si seguía un rato más tumbado los huesos se me incrustarían en el sofá. Pues dicho y hecho, tras haber vaciado mi aparato excretor sentí una profundísima relajación. No sabía que hacer así que me puse a caminar por el piso, observando cada una de las habitaciones. Seguían tal y como las había dejado, no había ningún cambio aparente.

Después de este paseo, de repente mis tripas empezaron a reclamar algo de comida. En ese momento me habría llegado a comer incluso el pienso de un perro. Así que me dirigí a la cocina y vi que mi compañero de piso me había dejado las sobras del día anterior preparadas en mi plato favorito. Me las comí, como de costumbre. Luego me fui al sofá, a reposar la comida, y noté un dolor en mi pierna izquierda. Me incomodaba mucho. Recordé que dos días atrás me había tropezado, no sé si sería un mal gesto o un esguince, nada grave pero tampoco para pasar por alto porque era un dolor de vaivén. Pero me concentré más en relajarme, así que allí estaba yo, tumbado en el sofá. Cerré los ojos.

Escuchaba el sonido de gente subiendo escaleras o bajándolas, puertas que se cerraban de golpe, alguna conversación entre vecinos (no se oía muy bien, pero un murmullo de fondo si que había) y también llegó a sonar hasta tres veces el interfono. Vamos que entre ruidos se me pasó el tiempo volando. Debió de pasar al menos una hora y media, cuando de repente e inesperadamente el ruido de la llave entrando y girando en la cerradura me hizo bajar de mis pensamientos. Abrí los ojos y fui allí donde se viera bien la imagen de la puerta, para poder ver quien entraba. Reconocí el rostro de un individuo que me era muy familiar, era mi compañero de piso. Por fin había vuelto después de haberme dejado solo y enfermo todo el día, aunque ya me encontraba mejor. Fui a recibirlo entre abrazos y besos, no podía esconder la alegría que sentía de verlo. Él se apartó, siempre se me olvidaba que no le gustaba que le besara y mira que me lo repetía veces. Me cortó un poco su reacción, la alegría que tenía hacía un momento había

desvanecido, pero él con un simple gesto, ya familiarizado entre nosotros, me invitó a dar una vuelta, a salir a caminar un rato, a pasear.

Hacía muy buen día, el cielo estaba despejado, había un sol radiante. Íbamos caminando y de vez en cuando nos parábamos un instante, pero seguíamos adelante. Saludábamos a la gente del barrio: José, el panadero; Leticia, la quiosquera... Él me iba explicando como le había ido el día y también se quejó. Decía que le hubiera gustado haberse quedado en casa como yo. Nada más acabó la frase me paré en seco para dirigirle una mirada de asombro, con lo aburrido que era quedarse solo en casa sin nada que hacer y sin saber que hacer. Entramos por el parque y continuamos parque arriba. Había gente, sobre todo señoras jubiladas paseando, también la había comentando el cotilleo del día. Entonces a lo lejos pude diferenciar su silueta: las curvas le estilizaban mucho la figura, caminaba con una sonrisa en la cara, su pelo rizado suelto y recién lavado le botaba suavemente sobre sus estrechos hombros. Se dirigía hacia nosotros. Me empezó a templar las piernas, el pulso lo tenía para tocar la pandereta, mi corazón bombeaba la sangre a mil por hora. No sé que tenía que al verla mis sentidos se disparaban y tenía que parar con las dos manos mi corazón para que no se me saliera del pecho. Ella era perfecta, me tenía hechizado, no se como lo hacía que siempre acababa haciendo lo que ella decía, me dominaba. Además usaba un perfume que nos dejaba a todos encandilados, porque no era el único admirador que tenía, por lo menos eran cinco más que yo. Cuando conseguí articular una palabra me di cuenta de que ella ya me había pasado de largo. Una vez más había hecho el ridículo. Gracias a Dios mi acompañante no se dió cuenta y quedó como una palabra que se escapa del pensamiento. Continuamos con nuestro tranquilo paseo.

Mi acompañante me empezó a comentar que si últimamente había notado algún cambio en la comida. Pues realmente no lo había notado, no suelo fijarme en las cosas. Empecé a analizar lo que había comido, pero no pude averiguar nada. Así que le dirigí una mirada para incitarle a que me lo contara. Él lo entendió rápidamente y prosiguió a contármelo. Había mezclado una droga con la comida. De pronto, de una manera exagerada, me empecé a marear. Todo se volvió borroso. Entendí porqué últimamente me sentía como confundido. Ahora me daba cuenta de todo, me había entretenido con la charla para llevarme por donde él quería. Como el perro que sigue la pelota, sin preguntarse nada. Comencé a ver a mi compañero como un extraño, capaz de drogarme

a saber para qué. Quizás todo este tiempo me ha estado engañando. Yo confiaba en él, era mi amigo. La droga hizo el efecto esperado. Perdí el sentido.

Silencio.

Todo estaba en blanco. Una luz cegadora no me dejaba ver más allá. ¿Estaba muerto?

Se oían murmullos lejanos que se iban acercando. Las voces me resultaban familiares:

– “¿Cómo ha ido la operación, Dra. Carmen?”

– Todo ha salido a pedir de boca. La suerte fue que se dió cuenta a tiempo, porque podría haber sido un daño irreparable si se le llega a romper el ligamiento. Reky se pondrá bien en muy poco tiempo. Pronto será el de siempre.

– Espero que así sea.

– Le explico: Reky tendrá que comer un pienso especial. También deberá tomarse estas pastillas antes de comer los primeros días, para que no le sea tan doloroso cuando apoye la pata. Por último... Dúnia, ¿puedes traerme el champú canino? Mira, parece que el campeón ya vuelve en sí.”

Estaba en la mesa de operaciones del veterinario. Notaba como poco a poco mi cuerpo respondía. Era como si me hubieran quitado un peso de encima, me sentía más ligero que nunca. Ahí lo vi, de pie, con cara de emoción, mi gran amigo, mi dueño.

Me desperté y tras un largo bostezo eché un vistazo a mi alrededor. Ya estaba en casa, me sentí tranquilo al ver a mi dueño durmiendo a mi lado.